



www.loqueleo.com/ec

© 1996, Abdón Ubidia

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-743-6

Derechos de autor: 14075

Depósito legal: 1583

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: 2000

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Fotografía de la portada: © Bernd Guessbacher | Dreamstime.com

Actividades: Verónica Mosquera

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel (libro) y Verónica Mosquera (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Abdón Ubidia

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

EL PALACIO DE LOS ESPEJOS

loqueleto

Índice



Prólogo	9
De la telepatía y las otras imitaciones	13
De los objetos voladores	23
De los robots biológicos	37
De los recuerdos muy bien grabados	41
Del Círculo Machista de Múnich	47
Del método para destruir un gran amor	59
De la Casa de Valores	61
De la inteligencia de las especies	73
De los clones personales	83
De otras arquitecturas	87
La ciudad de cristal	93
Cuaderno de análisis	119

Prólogo



Desde los viejos tiempos de la película *2001: Odisea en el espacio* y, por cierto, desde mucho antes, ya se advertían los riesgos de que una inteligencia artificial, superior a la humana, escapase a todo control.

Muchos han visto en ese miedo solo una metáfora. La mente del hombre, sostienen, es analógica e incapaz de pensar —o inventar— algo distinto de sí misma.

Así, todos sus inventos no serían sino aburridas repeticiones de los mismos arquetipos. Un cohete que viaja al espacio apenas si copiaría el deseo anidado ya por algún cavernícola que se asomó al filo de su caverna, miró al cielo nocturno y quiso tener una estrella al alcance de su mano. Un sonido o una imagen transmitida a distancia solo prolongaría —por y para ellos— la función de nuestros oídos y ojos.

Algunos van más lejos: creen que la telefonía y la televisión apenas si quieren remendar toscamente aquello que no se admite ni discute bien: nuestra capacidad (¿o solo es ansiedad?) telepática; esa voluntad de saber lo que los otros oyen y ven, de estar en donde están ellos, de ser también ellos. Y de estar en otra parte.

Eso, con respecto a nuestras ideas y ensueños, digamos, elegantes. En cuanto a los otros, ¿se diferencia el terrible cañón de rayos láser de *La guerra de las galaxias* —como impropriamente la llamaron—, de los rayos mágicos de las mitologías de hace miles de años? ¿Pueden esas víctimas, desde el deseo de sus asesinos, arribar a otra muerte? ¿Pueden morir de otra manera?

10 De este modo, el supuesto peligro de que se imagine o invente algo, cualitativamente superior o distinto a los productos de la mente humana, no existe. Solo podemos imitarnos. No es imposible pensar lo impensable.

Así, lo que conocemos como inteligencia ya estaría hecho y terminado. Y de cualquier manera, esa inteligencia no podría ser sino humana. Las ayudas artificiales sólo variarían sus alcances.

En verdad, la computadora más potente que pudiésemos imaginar, una que asocie, infiera, aprenda, al infinito, ya tendría su suerte sellada: ordenaría sus datos como nosotros los ordenamos, sacaría sus conclusiones como sacamos las nuestras. Y si pudiese ser perfeccionada, solo podría agrandar su margen de error hasta alcanzar el nuestro.

«Estamos metidos en un palacio de espejos múltiples. Y no hay forma de escapar de él», declaran, desesperados, nuestros filósofos. «Nunca podemos ver más allá de nuestro propio reflejo», corroboran otros entendidos. «Toda inteligencia es torpe. Solo ve lo que puede ver. O lo que quiere ver», dicen los más radicales. Estas incertidumbres rondan, ciertamente y a pesar del autor, el oscuro corazón de los textos de este libro. Pero también el anhelo de negarlas.

Lo cual simplemente es una manera de reiterar lo que ya declaramos, hace algunos años, en nuestro primer volumen de *Divertinventos*: que inventar lo otro, lo distinto; que soñar una auténtica utopía, o una real fantasía, es imposible. Aunque, por cierto, con una fe de iluminados, una y otra vez, lo intentemos siempre.

En esa confianza, podemos pintar los escenarios más exóticos para nuestras historias —deformadas también a voluntad—, que nunca abandonaremos el craso realismo de nuestros más humanos deseos, incertidumbres, ensueños y temores. Una pequeña prueba es este libro.

11

De la telepatía y las otras imitaciones



Entonces yo tenía una novia de infancia. Se llamaba Susi. Era flaca y pecosa. La conquisté con la única gracia que sabía: imitar a los animales. Fue durante unas vacaciones, en ese pueblo seco. Lo de novios es un decir. Ni ella ni yo lo supimos nunca. Estábamos siempre juntos. Eso. A veces solos. A veces formando parte de las jorgas de niños y niñas. Íbamos y veníamos por los caminos de arena clara, las quebradas de tierra colorada y los esporádicos bosques de eucalipto. O metidos en el grupo que se juntaba, en la mañana, para bajar a la piscina. O, en la tarde, para explorar los alrededores del pueblo. O, en la noche, para cantar en torno a una fogata, capturar luciérnagas y ver el cielo estrellado.

Había un niño que tocaba el acordeón. Otro que recitaba. Otro famoso por sus trampas para cazar torcazas, tortolas y tucurpillas, todas aves de la misma familia pero de tamaños diferentes. Y había también un niño que nadaba como un pez. Yo no sabía hacer nada de eso. Tampoco nadar. Cuando me tiré desde el tablón me sacaron del agua medio muerto.

Y eso de imitar a los animales no atraía a nadie. Incluso papá y mamá se pusieron una vez en aprietos cuando me

dio por contestar, con relinchos, a las preguntas de alguna de las tías.

—¿En qué grado estás, chiquito?

Y yo relinchaba.

—¿Y cuándo aprendiste a relinchar?

Y yo relinchaba.

—¿Te gustan los caballos?

Y yo relinchaba.

14 —Basta, hijo, no sea majadero —dijeron a una voz mis padres.

Pero yo, entre puchero y puchero, no dejaba de relinchar.

En otras ocasiones, ladraba o maullaba. Y, según creía, mi obra maestra era balar. En eso lograba confundir hasta a las mismas ovejas. ¿Dije que mi pobre atributo cautivó a Susi? Ella también era una niña distinta de las demás. En vez de jugar a la macateta o a la rayuela, prefería treparse a los árboles conmigo.

Yo solía llamarla, desde la cerca de tela metálica, medio oculto entre las matas de supirrosas y cucardas, con tres graznidos.

—Anda, Susi, el pato te busca —decía su mamá. Y yo me sentía muy humillado al ser descubierto así.

En los luminosos atardeceres de aquel verano polvoriento, la encontraba en la puerta de su pequeña quinta y nos íbamos a caminar por el pueblo. Casitas iguales. Calles de tierra reseca. Pencos de un verdeazul acerado. Ásperas higuerrillas. Ramas solitarias cargadas de alcaparras. Hornos de cal. Hornos de pan. El parque también reseco. La iglesia con el Cristo milagroso. Las gentes del pueblo y sus compañías inevitables: un niño descalzo,

un atado de leña, una vaca, un burro con costales de cal viva.

Creo que era la felicidad: el cielo azul, los ventarrones que agitaban los árboles, las mismas vacaciones, y Susi que caminaba a mi lado contándome cosas acerca de sus padres, de sus amigas, de su vida en esa ciudad del interior del país que solo muchos años más tarde yo conocería.

Siempre sentado en el portal, estaba el profesor, como le decían todos. Paralítico, viejo, apergaminado y seco como el mismo paisaje del pueblo. Y dispuesto a repetir a quien tuviese cerca, el eterno discurso: que ese clima era excelente para el reumatismo, que «las aguas salutíferas», ricas en hierro y otros minerales, que las minas de cal, que los posibles yacimientos de carbón de piedra, etc. Y parecía que tanto palabrerío no era, para el viejo, sino un modo de convencerse de que no había perdido su vida allí, en vano, en el último lugar del mundo.

La piscina estaba junto al río, al fondo de un encañonado imponente. Y uno podía ver, en esos acantilados o farallones fantásticos, todas las edades de la Tierra. Franjas de cal, de arena, de cangahua, de tierra azul o tierra rosada. Allá arriba, muy arriba de las altas paredes de la montaña, asomaban magras chilcas y algarrobos alargados por el viento. Cien metros abajo, en cambio, proliferaba el verde. Y, en medio del río, entre las piedras redondas, apenas cubiertas por las aguas amarillas, había, de trecho en trecho, negros, enormes, algunos trozos de lignito, corroídos por el tiempo. Según el profesor, eran las muestras irrefutables de que en la región abundaban yacimientos de carbón mineral, destinados a

cambiar, en el «promisorio futuro», el destino del país. *Salutífero* y *promisorio* eran sus palabras recurrentes. Entre otras más raras aún.

Un día, Susi le contó lo de mis habilidades de imitador.

—A ver, niño, empiece a actuar —me dijo sin sonreír, porque nunca sonreía. Y yo me esmeré con mis imitaciones. Susi aprobaba con risitas nerviosas cada gruñido, canto o maullido míos, mientras el profesor, grave y atento, me escuchaba en silencio.

16

Cuando acabé mi repertorio, comentó:

—Lo felicito, niño. Tiene usted un brillante porvenir como imitador de animales.

Y calló. Tenía los labios salidos y apretados, y los ojos fijos en un punto imaginario. Meditaba.

—Pero hay un ave cuyo canto no podrá imitar.

—Él puede imitar a toda el Arca de Noé —protestó Susi.

Entonces el profesor dijo un nombre que ya no recuerdo.

—Es un ave que vive en las grutas y que solo sale de noche —añadió—. Su canto es distinto del de las otras aves. No tiene voz. Solo canta con el pensamiento. Su canto es telepático. Un «mesié» que vino al pueblo, hace treinta años, me lo dijo. Se llevó a su tierra algunas parejas para estudiarlas bien. Dijo que me iba a escribir contándome los resultados de su investigación, pero nunca lo hizo.

La voz del profesor sonaba cansada y vacilante, como si tratara de recordar algo muy lejano.

—La gente del pueblo —suspiró— dice que ese canto solo lo escuchaban los enamorados. Si es así, yo únicamente creí oírlo una vez. Pero hace siglos. Nunca más. Nunca más.

El profesor hizo un ademán que bien podía servir para apartar una mosca o un mal recuerdo, y volvió a su explicación.

—Yo creo que es un ave antediluviana. Esta es una región que habitaron dinosaurios y mamuts. Todos lo dicen. Hace tiempo encontraron el esqueleto intacto de un mamut. Pero igual, si no lo dijeran o no hubiesen encontrado el mamut, cualquiera ve que aquí debe de haberse iniciado el universo: estos volcánes, estas aguas minerales, todo el hierro, el carbón, la cal, la piedra, los paisajes abruptos lo dicen. Y hasta las mismas noches estrelladas, tan puras que uno puede ver todo el firmamento aquí reunido. Por eso digo que se trata de un ave antediluviana. Porque esos animales no tenían voz. Se llamaban telepáticamente. Tenían, en el cerebro, una glándula para eso. Nosotros también la tenemos, pero ya muy atrofiada y torpe, y solo a veces logramos usarla. Los científicos, en lugar de hacer bombas atómicas, deberían encontrar la manera de reanimarla.

Cuando nos despedimos del profesor, Susi y yo fuimos a la piscina y les contamos a los otros niños sobre la existencia del extraño pájaro.

A la mañana siguiente, la expedición a las grutas estaba armada. Alguien llevaba una lámpara petromax; otro, una linterna; otro, una escopeta de aire comprimido; otro, una red para cazar mariposas.

Fue un fiasco. Las grutas no eran muy profundas o se estrechaban pronto y allí no había nada más que murciélagos y unos cuantos helechos a la entrada. Dos niños capturaron un murciélago y lo llevaron hasta el vestidor de la piscina. Lo

17

crucificaron en la puerta de madera y le pusieron un cigarrillo encendido en el hocico para que fumara.

Los otros niños celebraron la ocurrencia y, entre bromas y risas, se burlaron también, de paso, de Susi y de mí.

Solo una niña regordeta, cuyo nombre tampoco recuerdo, con los ojos llenos de lágrimas nos espetó con voz angustiada:

—Ahí está el pájaro telepático de ustedes, malvados.

Ese episodio nos unió aún más. Y en el crepúsculo de aquel día, Susi y yo volvimos a las grutas. Entonces vimos salir de ellas una bandada de extraños pájaros silenciosos, grandes, veloces, negros contra el cielo de color naranja.

—El profesor nunca miente —dijo Susi—. Pero no debemos contarle a nadie nuestra comprobación —añadió.

Así empezaron los secretos.

Uno de esos era el de treparnos a las copas de un par de árboles gemelos que habían crecido en medio de un llano desierto. Eran muy altos y se balanceaban con suaves ritmos. Las copas se alejaban y juntaban con los bruscos cambios de los ventarrones. Y nosotros, allá arriba, creíamos cabalgar los grandes reptiles de las peroratas del profesor. Llevábamos piedrecillas del río y semillas de eucaliptos y capulíes, y las dejábamos caer para verlas empequeñecerse y desaparecer antes de que llegaran al suelo.

También conversábamos en aquellas alturas, con fragmentos de frases medio perdidas entre el ruido del viento y de las hojas, mientras las copas de nuestros árboles se acercaban y alejaban.

Así le conté a Susi que yo había ido a ese pueblo por pura casualidad. Primero porque le habían recetado a la abuela

aquel clima para su reumatismo y, luego, porque mi mamá estaba en la clínica, allá en mi ciudad, muy enferma, y papá no podía dejarla sola. De lo contrario nos hubiésemos ido, como siempre, a la playa.

Allí también Susi me preguntó un día:

—¿Sabes el gran secreto?

—¿Cuál?

—El secreto de la vida.

—Nunca lo oí.

—Esta tarde te lo enseño —dijo.

Nos juntamos luego del almuerzo. Y fuimos al río. Avanzamos por una orilla, recogiendo, de paso, helechos y florecitas azules y amarillas. A veces yo le regalaba guijarros redondos y ella los guardaba en el monedero rosado que siempre llevaba consigo. Y proseguíamos el camino. En un momento, encontramos un pequeño vado. Había abundantes aglomeraciones de un óxido muy oscuro y algo aceitoso. Ella dijo que servía para las picaduras de mosquitos y añadió que no faltaba mucho para llegar. El sendero empezó a estrecharse. Había poco espacio entre el río y la húmeda ladera cubierta de arbustos. Tuvimos que quitarnos los zapatos. Yo me arremangué el pantalón cuanto pude y ella se recogió la falda por detrás, sosteniéndola por delante, como hacían las lavanderas de la parte ancha del río.

Tenía las pantorrillas mucho más doradas que los pies y los muslos. Se lo dije. Ella se rio y comentó que eso nos pasaba por no ir con más frecuencia a la piscina. El agua nos llegaba hasta las rodillas y, a veces, más. Sentía la arena y las piedras del fondo escurriéndose, entre los diminutos remolinos. Luego el río dobló en un recodo. Allí se abría una

pequeña playa rodeada de grandes chilcas, arbustos densos y algunos sigses. Al fondo había un pequeño salto de agua.

—Es aquí —dijo Susi—. Ahora tenemos que escondernos y esperar.

Él era quizá menor que ella. Luego de besarse, se desnudaron y bañaron en el salto de agua. Luego fueron a la hierba y empezaron a hacer aquello que yo no había visto nunca ni tenía idea de que se hiciera.

—Vamos ya —dijo Susi.

20 Yo, por cierto, no quería moverme de mi escondite.

Entonces Susi no pudo contener la risa. Aterrada, la pareja huyó por un lado y nosotros por otro.

Ya en el pueblo, sentados en una de las bancas de piedra del parque, Susi me explicó lo que, a su vez, le había explicado su hermana mayor.

—Pero de lo que vimos, no le dices ni una palabra a nadie. Ese es otro gran secreto —me advirtió.

La escuché entre intrigado y algo molesto. Ella tenía los mismos diez años que yo y también pasaba al quinto grado. Pero sabía muchas cosas más y, frente a ella, mis imitaciones me parecieron tonterías inútiles.

—Nunca más volveré a imitar a los animales —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó, y yo creí ver en su carita pecosa algo como un reclamo y una contrariedad.

No supe qué decirle y ella pronto lo olvidó.

—Mañana nos vamos en bicicleta a las ruinas de los Incas —dijo—, te las voy a enseñar. Y pasado mañana, iremos a caballo al cráter del volcán.

Pero no hubo ruinas incas ni cráter del volcán. Porque esa misma noche, llegó papá de la ciudad. Mamá había em-

peorado y la iban a operar. Venía a llevarme adonde ella. Mamá se lo había pedido. Partiríamos al amanecer.

Jamás vi una cara tan triste como la de mi padre en esa noche. Era la cara misma de la desolación. La abuela trataba de consolarlo y le hablaba de Dios y del Cristo milagroso y de los santos del cielo. Pero ella lucía tan triste como él.

Ya muy entrada la noche, y como no teníamos sueño, papá me propuso caminar un rato por el pueblo. A esa hora, ya todos dormían y la única luz encendida era la de las estrellas, un resplandor plateado que apenas dibujaba los contornos de los caminos y de las casas del pueblo.

Entonces papá, mientras caminábamos, me habló de los astros y de las constelaciones. De su infinito número y de sus infinitas distancias. De los años luz y de nuestra pequeñez. Era su tema. Distinguió a Orión y a la Osa Mayor. A Venus y a Mercurio.

—Entre esos miles de millones de millones de estrellas y planetas debe haber alguno similar al nuestro. Pero de seguro que estarán más adelantados que nosotros y ya habrán descubierto la vida eterna.

Calló con un suspiro. Y caminamos un buen rato en silencio oyendo el rumor del viento entre los árboles y, de vez en cuando, el canto de las lechuzas.

—A Marte —comentó de pronto— se lo reconoce por su color rojo. Y a Venus, por su brillo.

Pero yo no alcanzaba a ver nada de aquello. Ni Marte ni Venus. Ni la Vía Láctea, ni las otras galaxias lejanas, ni el negro profundo, infinito cielo, constelado de estrellas que acaso ya no existían sino en su remoto fulgor.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y apenas si lograba adivinar algo del camino.

Pero no lloraba por mamá. Estaba seguro de que iba a salir bien de la operación, como en efecto ocurrió, porque no era justo que a ella le pasara nada malo. Lloraba por Susi. Nunca más la iba a ver. Eso también lo sabía. Y no tenía modo de decírselo. Ni de despedirme de ella.

22 No sé cómo me calmé y logré que papá me siguiera y tomara mi camino de siempre. Yo tenía una idea fija en la cabeza. Así fue como nos acercamos a la casa de Susi. Entonces empecé a llamarla con el pensamiento, tratando de imitar aquel eco que creí adivinar mientras los extraños pájaros salían de su gruta, en ese atardecer inolvidable, allá en el río.

Entonces, también, cuando pasamos frente a su casa, pude comprobar que había escuchado el clamor de mi pensamiento y pude verla, asomándose a los cristales de su ventana, apenas iluminada por la luz de las estrellas, y haciéndome ese gesto de adiós que tampoco olvidaré jamás.

Nunca más volví a imitar, de viva voz, a los animales. Y nunca más, a pesar de los años transcurridos, de las idas y venidas de mi caprichoso corazón, logré imitar ese canto telepático, sino un par de veces, solo un par de veces más, en toda mi vida.

De los objetos voladores



Era una unión perfecta. La madre de treinta y cuatro y el hijo de catorce. Entonces el padre era solo un recuerdo furtivo y amable, un soplo tibio que se disolvía en el propio aire. Murió en su avión una noche perdida para siempre en la más remota memoria de su hijo. La madre eligió serle fiel. Para que su muerte no fuese definitiva. Para que él sobreviviese así, como en ese soplo tibio que en las tardes de tristeza le aconsejaba cosas al oído.

23

La madre era fuerte y sabia. Había organizado su vida de modo que el hambre, el frío y la incertidumbre permaneciesen tan lejos de ella como los hombres que la asediaban con sus reclamos ardientes; tan lejos como el mismo amor que habría de prohibirse hasta cuando el hijo creciera y no necesitase más de su protección. Así, la fidelidad al esposo se encarnaba y transformaba en fidelidad al hijo. Así, el esposo perduraba en el hijo.

El departamento del piso catorce —de un edificio de quince— era, pues, una fortaleza que nadie asaltaría jamás. En las heladas noches de lluvia, cuando el vaho del invierno manchaba los cristales de las ventanas, la madre y el hijo abrían, con las palmas de las manos, dos círculos

en el vidrio empañado, y se asomaban a la calle para mirar los autos que huían de la lluvia y los transeúntes que iban a guarecerse bajo los árboles del parque. Entonces tenían compasión de aquellas gentes, y se miraban en silencio y celebraban en silencio esa suerte loca que les resguardaba de los rigores del mundo en un lugar cálido y secreto, tan bien dispuesto para la vida y la felicidad, y que era como un globo suspendido en la noche de invierno con dos tripulantes ocultos y cómplices, que podían ver sin ser vistos, y juzgar sin ser juzgados.

En las noches de luna, sobre todo en verano, se quedaban en la sala con las luces apagadas, mirando el resplandor intenso que iluminaba la alfombra como si proviniese de un faro fantástico. Entonces la madre le contaba cosas del padre desaparecido y evocaba sus frases favoritas, sacadas de la Biblia o de las obras completas de Shakespeare. Una de ellas resonaba en la mente del hijo con ecos misteriosos: «Hay más cosas bajo las estrellas de las que tú crees conocer».

Cuando los ruidos de la ciudad se iban, el hijo antes de dormirse, arrebujado en sus colchas, recordaba el eterno cuento de la madre, cuya voz resonaba en sus oídos como un rumor de ramas tiernas mecidas por la brisa tibia del verano en un valle feliz: «Una mañana, un *huiracchuro* entró por la ventana de la sala y de pronto supe, aunque nunca encontré la relación de esos dos hechos tan disímiles, que estaba embarazada: un niño varón me iba a nacer».

Desde entonces, de tarde en tarde, en sus efusiones, llamaba al hijo: mi *huiracchuro*.

Casi no había secretos entre la madre y el hijo. Y hasta los temas del sexo eran ventilados por ellos con un sistema

respetuoso de preguntas, respuestas y sobrentendidos que desembocaba siempre en otros temas, a veces filosóficos, a veces triviales. Y en esa costumbre de decirlo y discutirlo todo, desde el asunto económico hasta el de los profesores del colegio, vistos siempre por esa «liga de dos» —así se llamaban—, como seres limitados y siniestros, solo había sitio para dos secretos, pactados y admitidos como derechos de excepción: uno de la madre y otro del hijo.

El secreto de la madre era simple y complejo a la vez: en su larga abstinencia había llegado a temer al amor como a la muerte. Quizá la soledad de tantos años había terminado por helarle el cuerpo, tanto que la simple idea de aceptar un esposo cuando el hijo se marchara de su lado le resultaba insoportable. Creía haberse secado y cerrado para siempre.

El secreto del hijo era también simple y complejo a la vez: soñaba ser «de grande» lo que la madre no soportaría jamás: piloto de aviones. A sus ojos, el padre se había retirado a los campos del cielo, dejándole a él la misión de tomar su lugar, de continuar su vida, de ser el padre mismo, en una nueva oportunidad.

Pero aquel secreto, el único, el legítimo, se agrandaba y se multiplicaba hasta convertirse en un mundo autónomo que exigía una serie interminable de mentiras necesarias para conservarlo.

Por ejemplo, la madre no sabía que el hijo volaba el ala delta de un compañero de curso. Y que para hacerlo, tenía que inventar excursiones con su bicicleta de montaña. Y así, mientras él se lanzaba al vacío desde una de las cumbres del volcán que dominaba la ciudad, ella lo pensaba muy bien ligado a la tierra, absorbiendo su fuerza compac-